

C O M E N T A R I O
M A C A R T H U R

D E L A N T I G U O T E S T A M E N T O

J O N Á S y N A H Ú M

J O H N M A C A R T H U R



E D I T O R I A L
P O R T A V O Z

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 y 2 Corintios

Gálatas, Efesios

Filipenses, Colosenses y Filemón

1 y 2 Tesalonicenses, 1 y 2 Timoteo, Tito

Hebreos y Santiago

1 Pedro a Judas

Apocalipsis

Comentario MacArthur del Antiguo Testamento

Jonás y Nahúm

Zacarías

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Jonah & Nahum*, Copyright © 2024 por John MacArthur.
Publicado en inglés por The Master's Seminary Press y the MacArthur Publishing Group. Traducido con permiso.

Edición en español: *Comentario MacArthur del Antiguo Testamento: Jonás y Nahúm*
© 2026 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Edición en español publicada con permiso y en cooperación con The Master's Academy International.

Traducción: Rodrigo Hinojosa

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ

2450 Oak Industrial Drive NE

Grand Rapids, MI 49505 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-6033-3 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6034-0 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-6035-7 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 35 34 33 32 31 30 29 28 27 26

Impreso en China

Printed in China

Contenido

Prólogo	7
-------------------	---

Jonás

Introducción.	11
1. Un misionero indispuerto (Jon. 1:1-6)	25
2. Un gran pez y la pesca de hombres (Jon. 1:7-17).	41
3. Las marcas de una oración penitente, Parte 1 (Jon. 2:1-4).	55
4. Las marcas de una oración penitente, Parte 2 (Jon. 2:5-10).	65
5. La gracia del arrepentimiento, Parte 1 (Jon. 3:1-5)	77
6. La gracia del arrepentimiento, Parte 2 (Jon. 3:6-10)	87
7. El perdón de Dios y la furia de Jonás (Jon. 4:1-4)	97
8. Un profeta, una planta y un pueblo (Jon. 4:5-11)	105

Nahúm

Introducción.	121
1. La identidad de Dios (Nah. 1:1-8).	133
2. Consuelo en medio del juicio (Nah. 1:9-15)	147
3. Un juicio profético (Nah. 2:1-7)	157
4. Un juicio definitivo (Nah. 2:8-13).	169
5. Un juicio de venganza (Nah. 3:1-7)	181
6. Un juicio certero (Nah. 3:8-19)	191
Bibliografía.	205

Prólogo

Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará. (Sal. 1:1-3)

Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón; porque tu nombre se invocó sobre mí, oh Jehová Dios de los ejércitos. (Jer. 15:16)

Recorrer cada versículo del Nuevo Testamento en mi predicación y escribir el *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento* durante el último medio siglo ha sido para mí una dádiva incomparable de la gracia divina que me ha permitido vivir en la bienaventuranza de Salmos 1:1-3 y en el gozo de Jeremías 15:16. Ahora, tengo la bendición y la oportunidad de continuar esta serie de comentarios para el Antiguo Testamento.

Al estudiar las Escrituras, mi deseo siempre ha sido contemplar y proclamar la belleza de nuestro Señor a su pueblo (Neh. 8:8; Sal. 27:4). Soy consciente de que el conocimiento de Dios afecta la vida del creyente, de manera que pido en oración que la exaltación de Dios en estos comentarios transforme muchas vidas. El apóstol Pablo escribió: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Ti. 3:16-17). Este es el propósito de estos comentarios: explicar la Palabra de Dios para que el pueblo de Dios siga creciendo en su conocimiento y amor del Señor Jesucristo (2 P. 3:18).

En la producción del *Comentario MacArthur del Antiguo Testamento*, he tenido la dicha de trabajar junto con Abner Chou, Iosif Zhakevich y Nathan Busenitz para examinar el texto bíblico palabra por palabra. En fidelidad a la perspectiva de la predicación expositiva, el comentario está fundamentado en una exégesis profunda del texto en el hebreo original.

El objetivo es extraer el significado y la teología de las Escrituras con exactitud, precisión y claridad. Aunque todas las secciones están organizadas para asistir al predicador, el comentario también está pensado para que cualquier creyente lo lea y lo aplique para su edificación, bendición y gozo personales.

Un misionero indispuerto

1

Vino palabra de Jehová a Jonás hijo de Amitai, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregonas contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí. Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová. Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave. Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno clamaba a su dios; y echaron al mar los enseres que había en la nave, para descargarla de ellos. Pero Jonás había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir. Y el patrón de la nave se le acercó y le dijo: ¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios; quizá él tendrá compasión de nosotros, y no pereceremos. (1:1-6)

El Antiguo Testamento presenta constantemente a Israel como la nación escogida de Dios. El Señor puso su amor sobre los descendientes de Abraham (Dt. 7:7) y les dio una prominencia especial (7:6), promesas de pacto (Gn. 15:1-21; Jer. 31:31-34) y un futuro distintivo (Zac. 14:1-21; Ap. 7:4-8; 14:1-5). A la luz de este enfoque tan dominante, podríamos llegar a suponer que la compasión y la atención de Dios solo se extendían a Israel. Sin embargo, esto no era así. Israel debía ser una luz de esperanza para las naciones, de manera que gente de toda tribu y lengua pudiera conocer la verdad salvadora de Jehová (cp. Is. 60:3). En su plan para alcanzar el mundo, Dios asignó a Israel un rol único: a través de ellos y de su Mesías, todas las naciones de la tierra serían benditas (Gn. 12:1-3).

Dios levantó a Israel como reino de sacerdotes para las naciones a fin de manifestar su gloria al mundo (Éx. 19:5-6). Con este fin, Moisés escribió en Deuteronomio 4:5-6: “Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente

pueblo sabio y entendido, nación grande es esta”. El Antiguo Testamento está lleno de proclamaciones valerosas de la gloria de Dios a las naciones. El salmista afirmó: “Proclamad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas” (Sal. 96:3; cp. 117:1-2) y Dios mismo exclamó: “Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará” al mundo (Is. 43:21). Como Dios tiene cuidado de todas las naciones, Jehová le dijo a su Mesías: “Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra” (49:6; cp. 42:6). Desde el principio, Dios planeó que Israel fuera una nación que manifestara su majestad a todos los rincones de la tierra.

Aunque Israel tenía el llamado como nación de ser testigos delante de un mundo observador, Dios también seleccionó a individuos para dirigirse directamente a las naciones gentiles. Por ejemplo, el Señor mandó a Abraham profetizar a sus vecinos paganos (cp. Gn. 20:7); Moisés proclamó las verdades divinas a los egipcios (cp. Éx. 3:10; 4:16; 7:1); Elías reprendió a la princesa fenicia, Jezabel (1 R. 17–2 R. 2); Eliseo dio instrucciones divinas al leproso sirio, Naamán (2 R. 5); y Daniel trabajó como misionero y estadista en Babilonia y Medopersia (cp. Dn. 2:1-45; 4:19-27). Los profetas del Antiguo Testamento también se dirigieron a las naciones circundantes en sus escritos. Isaías habló de Babilonia, Asiria, Filistea, Moab, Damasco, Etiopía, Egipto, Duma, Arabia y Tiro (Is. 13–23). Jeremías escribió profecías sobre Egipto, Filistea, Moab, Amón, Edom, Damasco, Cedar, Hazor, Elam y Babilonia (Jer. 46–51). Ezequiel predicó de Amón, Moab, Edom, Filistea, Tiro, Sidón y Egipto (Ez. 25–32). Por su parte, Daniel, Abdías, Nahúm y Sofonías también declararon la verdad de Dios respecto a las naciones gentiles. En todo el Antiguo Testamento se ilustra repetidamente que Dios escogió a Israel como mensajero de su verdad a todas las naciones porque Él es Señor de toda la humanidad.

Los escritores del Nuevo Testamento también testificaron del cuidado de Dios tanto por los judíos como por los gentiles (cp. Mr. 7:26-30; Jn. 4:7-26). Pablo enfatizó este punto con una serie de preguntas retóricas: “¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No es también Dios de los gentiles?” (Ro. 3:29; cp. Hch. 18:6). Como Dios ha escogido salvar tanto a judíos como a gentiles, el cielo estará compuesto de santos “de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Ap. 7:9). Este cántico de adoración resonará en el cielo, dirigido al Señor Jesucristo: “Digno eres de tomar el libro y de abrir

sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:9). Este himno celestial refleja el cumplimiento de la gran comisión de Cristo (Mt. 28:18-20), un llamado que demuestra el sentir del corazón de Dios por todos los pecadores, desde Jerusalén y Judea hasta lo último de la tierra (cp. Hch. 1:8).

La gran comisión de Mateo 28 no fue la primera vez que Dios dio el mandato de ir y predicar el arrepentimiento fuera de las fronteras de Israel. En el libro de Jonás, el Señor ordenó a su profeta salir a otra tierra (Jon. 1:2) y proclamar un mensaje de juicio inminente para que los habitantes de Nínive se arrepintieran y fueran salvos. De esta manera, el libro de Jonás anticipa la gran comisión y manifiesta la gran misericordia de Jehová hacia las naciones.

Aunque el corazón de Dios es claro en este asunto, Jonás, en su insensibilidad, se negó a reflejar ese amor a los que estaban fuera de Israel. Cuando Dios le mandó ir a predicar a Nínive, huyó en la dirección contraria. La desobediencia de Jonás le otorgó un puesto de distinción entre los profetas del Antiguo Testamento como el único que, deliberadamente, desafió su misión divina. Jonás sabía que, si obedecía y predicaba en Nínive y la gente se arrepentía, el Señor les concedería misericordia y refrenaría su ira. Jonás aborrecía la idea de que Dios pudiera mostrar compasión a una ciudad tan malvada como Nínive. Este profeta desobediente prefirió ver a los enemigos de Dios perecer y desapareció sin permiso para ausentarse; en esto, manifestó un corazón testarudamente contrario al deseo de Dios de salvar a las naciones.

En la sección inicial de este libro, Jehová, en su gracia, dio a su profeta la misión de advertir a los gentiles de Nínive de su juicio inminente para que se arrepintieran. Sin embargo, Jonás tuvo una idea diferente. Los versículos 1-2 presentan el compasivo mandato del Señor respecto a los ninivitas. El versículo 3 revela la resistencia calculada del profeta en su desobediencia deliberada. El versículo 4 describe la disciplina cataclísmica de Dios sobre su testarudo profeta mediante una fuerte tormenta. En el versículo 5, los marineros reaccionaron a la tempestad con un terror absoluto, mientras que Jonás dormía con indiferencia e insensibilidad. Finalmente, en el versículo 6, el capitán de la nave respondió con un clamor de desesperación y frustración, confundido de que Jonás hubiera estado dormido, y expresó la verdadera necesidad de todo pecador gentil: “clama a tu Dios [el Dios de Israel]; quizá él tendrá compasión de nosotros, y no

pereceremos”. Un análisis de estos elementos resalta la compasión misericordiosa del Señor hacia las naciones, en contraste con el endurecido prejuicio y orgullo de un petulante profeta que se suponía debía más bien representar a Dios.

LA INSTRUCCIÓN DEL SEÑOR

Vino palabra de Jehová a Jonás hijo de Amitai, diciendo: Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí. (1:1-2)

Los versículos introductorios presentan a dos personajes drásticamente diferentes: Jehová y su profeta, Jonás. Al igual que con otros profetas menores (Os. 1:1; Jl. 1:1; Mi. 1:1; Sof. 1:1), **vino palabra de Jehová** al profeta, lo que indica que este libro es verdad divina (Dt. 18:18-20; 2 P. 1:20-21). Su contenido es, en términos fundamentales, la revelación misma de Dios,¹ inspirado por Él y, por lo tanto, útil para la santificación en la vida de todo creyente (2 Ti. 3:16-17). En otras partes, las Escrituras utilizan esta frase (**palabra de Jehová**) o **Verbo** para referirse no solo a un mensaje, sino también a un Mensajero (cp. Gn. 15:1-6; Nm. 12:6-8; Jer. 1:4-10; Jn. 1:1-3; Col. 1:16-17; He. 1:1-2; Ap. 19:13). Cuando se refiere a una Persona, la Palabra de Jehová o el Verbo se refieren al segundo Miembro de la Trinidad, Dios Hijo (cp. Is. 61:1; Zac. 2:8-9; Jn. 1:1; 5:24, 37; 7:29; 8:42; 10:36; 17:3; Ap. 19:13). La Palabra de Jehová creó el mundo (Gn. 1:1-3; Sal. 33:6), sustenta el orden natural (1 R. 17:16) y gobierna la historia (Jer. 47:1). En el caso de Jonás, esta conexión entre el mensaje y el Mensajero es vital. Las palabras misericordiosas de Jehová a Nínive por medio de Jonás solo fueron posibles gracias a lo que la Palabra de Jehová (el Verbo) (Jn. 1:14) lograría más adelante en la cruz (cp. 1 Ti. 2:3-7). Así pues, la misión de misericordia de Jehová refleja su carácter salvador y apunta a la Persona y a la obra de la Palabra (el Verbo) encarnado, Aquel que vendría a redimir a pecadores de toda tribu, lengua y nación (Dn. 7:13-14; Ap. 7:9).

El receptor de este mensaje, **Jonás hijo de Amitai**, marca un fuerte contraste con este Mensajero divino. Jonás era originario de Gat-hefer, en Galilea. Su ministerio abarcó entre el 784 y el 774 a. C., durante el reinado de

1. Stuart, *Hosea-Jonah*, 446.

Jeroboam II (c. 793–758 a. C.; cp. 2 R. 14:25; ver explicación en la Introducción). El nombre de Jonás significa “paloma”, un ave que representaba o bien un mensajero de paz (Gn. 8:11), o bien una persona que actuaba neciamente (Os. 7:11). En este libro, Jonás personifica los dos significados opuestos de su nombre. Aunque llevó a los ninivitas un mensaje de arrepentimiento, que indicaba que podían recibir el perdón de Dios si se apartaban de su maldad, también manifestó la necedad de la desobediencia desafiante. Quizás fue la falta de fidelidad de Jonás lo que hizo que, siglos más tarde, los fariseos de la época de Jesús descartaran su ministerio profético. Al intentar desacreditar a Jesús, los líderes judíos pronunciaron esta acusación: “Escudriña y ve que de Galilea nunca se ha levantado profeta” (Jn. 7:52; cp. 5:39). De manera intencional o no, pasaron por alto el ministerio de Jonás, que de hecho había sido un profeta galileo. A pesar de la falta de fidelidad de Jonás, Dios se mantuvo fiel, una realidad que reflejó el nombre completo de Jonás: **hijo de Amitai**, que significa “verdad”. A lo largo de este libro, el Señor probó repetidamente la verdad y confiabilidad de su palabra a Jonás y al pueblo de Nínive, al que envió a Jonás a predicar.

Al comisionar a su profeta, el Señor mandó a Jonás: **Levántate y ve** (cp. Gn. 19:15; 27:43; 1 R. 17:9; Jer. 13:6). Durante la historia de Israel, el Señor comisionó a muchos profetas para proclamar su verdad a las naciones circundantes (ver explicación anterior). La mayoría de estos lo hicieron sin salir del lugar donde vivían, pero Dios le dijo a Jonás: **ve**. El profeta no debía permanecer en su tierra natal, sino que debía viajar a una ciudad extranjera y llevar a ella una advertencia de juicio inminente.

Dios envió a Jonás a Nínive por varias razones. Primero, porque deseaba manifestar su misericordia y gracia hacia los pecadores, incluso a aquellos que se considerarían detestables para los estándares humanos (cp. Ez. 18:23). Segundo, porque quería exhibir la insensibilidad de la autocomplacencia de Israel y el odio malvado de la nación hacia los gentiles. Tercero, porque buscaba usar la respuesta dispuesta de Nínive para reprender a Israel por su testaruda renuencia a arrepentirse. La malvada ciudad de Nínive se arrepintió ante la proclamación de un solo profeta, pero Israel se resistió obstinadamente al mensaje de Dios, aunque el Señor envió muchos profetas a su pueblo (cp. Lc. 10:13-15; Hch. 7:52).

El mandato de Jehová a Jonás de ir a **Nínive** ciertamente demostró su profundo amor por los perdidos. La ciudad era la capital de Asiria, una de las grandes potencias mundiales y uno de los enemigos acérrimos de Israel.

El odio de Israel por los asirios solo intensificó su animadversión hacia los gentiles en general, una actitud que se extendió hasta la época del Nuevo Testamento (cp. Jn. 4:9-10). Al comisionar a Jonás para ir a Nínive, Dios llamó a su profeta a declarar su mensaje a los enemigos más importantes de Israel, los mismos que más adelante conquistarían y destruirían el reino del norte (cp. 2 R. 17:1-6).

El Señor describió a Nínive como **aquella gran ciudad**, en parte por su tremendo tamaño. La ciudad fue fundada por Nimrod (cp. Gn. 10:8-9; Mi. 5:6) en la ribera oriental del río Tigris, una ubicación que ofrecía a la ciudad una amplia irrigación para las cosechas, así como una protección natural de potenciales invasores. Los descubrimientos arqueológicos indican que, durante la época de Jonás, la población de Nínive era de unos 600.000 habitantes. La zona metropolitana de unos noventa kilómetros (55 mi) de ancho requería un trayecto de tres días para cruzarla (Jon. 3:3).² Nínive no solo era *una* gran ciudad, sino **aquella** gran ciudad (es decir, *la* gran ciudad). Por causa de su tamaño, infraestructura, riqueza y poderío político, era uno de los centros metropolitanos más formidables de todo el antiguo Cercano Oriente. La ciudad era también importante para Dios, que tuvo lástima de sus muchos habitantes (cp. 3:5, 10; 4:11). Al enviar a Jonás a esta capital gentil, el Señor demostró su interés y compasión hacia las naciones (cp. Gn. 12:1-3; 22:18; Is. 49:6; Ro. 3:29).

Aunque su intención era mostrar misericordia a los ninivitas, Jehová le mandó a Jonás: **pregona contra** la ciudad. Dios había dado a su vocero la misión de proclamar tanto juicio como misericordia (cp. Jon. 4:2), pero aquí no se nos da el mensaje completo. No obstante, el juicio era una parte esencial del mensaje de Jonás, en especial porque la **maldad** de Nínive había subido **delante de** Dios. Al igual que con Sodoma y Gomorra, que se describen en términos similares (cp. Gn. 18:20-21), la depravación de Nínive era desenfrenada y repugnante. El profeta Nahúm describió a Nínive como una ciudad sanguinaria, llena de fraude, de mentira, de rapiña, de sensualidad, de violencia, de brujería y de idolatría (Nah. 3:1, 4). Sus soldados eran infames por su barbarie y brutalidad (3:1-3). Dios conocía su maldad y su ira se había levantado contra ellos. Sin embargo, la profunda oscuridad de su iniquidad proveyó un trasfondo vívido contra el cual brillaría la gracia salvadora de Dios (cp. Sal. 51:1-19; 130:3-4; Is. 6:5-7; Hch. 2:37-40;

2. Smith y Page, *Amos, Obadiah, Jonah*, 257; Grayson, "Nineveh", 4:1118.

Ro. 1-3; Ef. 2:1-10). Ninguna presentación del mensaje de la gracia de Dios está completa sin una clara explicación del juicio de Dios contra el pecado (cp. Is. 53:5, 10-12; Ro. 6:23; 1 Co. 15:3). Por esta razón, el mensaje de gracia divina que Jonás proclamó comenzó con la verdad de la ira divina que está reservada para los pecadores por causa de su maldad.

LA RESISTENCIA DEL PROFETA

Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis, y descendió a Jope, y halló una nave que partía para Tarsis; y pagando su pasaje, entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová. (1:3)

En respuesta al llamado de Dios, Jonás **se levantó**, tal como Dios le mandó hacer. Pero allí terminó su obediencia. Jonás tomó acciones apresuradas, no para seguir el mandato de Dios, sino para dirigirse más bien en la dirección opuesta. En lugar de levantarse para *ir* (cp. 1:2), Jonás se levantó **para huir** y escapar de la misión que Dios le había dado. En vez de viajar a Nínive, se embarcó rumbo a **Tarsis** (cp. 1 R. 10:22; 22:48; Is. 23:1, 6, 10, 14), una ciudad a unos 4000 kilómetros (2500 mi) en la dirección contraria, ubicada probablemente en las costas de España.

En su desobediencia, Jonás manifestó tanto resistencia como autoengaño al intentar huir **de la presencia de Jehová**. Este rebelde profeta era plenamente consciente de la omnipresencia de Dios. En Salmos 139:7, David había preguntado retóricamente: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?”. Jonás mismo exclamó más tarde que Dios gobierna sobre el cielo y la tierra (Jon. 1:9). Aunque el profeta comprendía esta verdad teológica, la negó en la práctica con la esperanza de que la distancia geográfica fuera suficiente para frustrar los planes de Dios. Esta escapada alocada de Jonás fue tan insensata como inútil. Sin importar cuán lejos intentara huir para esconderse, Jonás sabía que “aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Sal. 139:10). Aunque consciente del carácter de Dios, Jonás huyó, lo que ilustra cuán ciega y ofensiva puede ser la desobediencia (cp. 2 R. 19:28; Sal. 50:16-21; 51:4; Ro. 1:20-21).

Al partir para Tarsis, Jonás **descendió**, un verbo en hebreo que se repite en numerosas ocasiones en los siguientes versículos (Jon. 1:3 [entró], 5 [había bajado]). El descenso repetido del profeta ilustra su determinación por

escapar de Jehová. El profeta descendió primero a **Jope**, una ciudad justo al sur de la Tel Aviv moderna. Era la única ciudad en Israel que contaba con una bahía natural, lo que ofrecía la manera más rápida para llegar a Tarsis. El pueblo de Israel no era una nación marítima, a diferencia de los habitantes de Tiro (cp. Ez. 27:28-36), y solían considerar estas empresas como arriesgadas y peligrosas (cp. Hch. 27:14-44). Sin embargo, en su determinación por desobedecer, Jonás puso la velocidad por encima de la seguridad. Prefirió enfrentar los peligros del mar abierto antes que obedecer el mandato de Dios.³

En Jope, el profeta **halló una nave que partía para Tarsis**. En lugar de dirigirse obedientemente hacia el noreste a Nínive, por tierra, Jonás intentó cruzar el mar en dirección oeste. **Una nave que partía para Tarsis** habría sido probablemente una nave de carga (cp. Jon. 1:5), no de pasajeros. De manera que, probablemente, el pasaje de Jonás fue muy caro, porque tomaba el lugar que normalmente se reservaba para la mercancía. Incluso, es posible que Jonás haya contratado la nave entera, ya que la frase en hebreo dice, literalmente, que pagó el “salario” de la nave. Aunque puede que Jonás solo haya pagado su pasaje en la nave, también es posible que de hecho haya financiado toda la expedición. Juntar esta gran cantidad de dinero, llevarla hasta el puerto y negociar su pasaje a bordo de una nave de carga no era tarea sencilla. Jonás no escatimó esfuerzos para desobedecer a Dios.

Después de garantizar su transporte en la nave, el profeta fugitivo **entró en ella para irse con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Jehová**. Entonces, Jonás **entró** (lit. descendió) **en** la nave. En este descenso continuo, estaba intentando esconderse cada vez más de la presencia de Dios, lo que de nuevo manifiesta tanto su terquedad como su insensatez (cp. Gn. 3:8, 10). El Señor le declaró a Jeremías: “¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” (Jer. 23:23-24). Sin importar cuán lejos tratara Jonás de *descender*, nunca podría salir del alcance de Dios. Este desafiante profeta supuso con arrogancia que podía huir **lejos de la presencia de Jehová**. Esta misma frase se encuentra al principio y al final del versículo 3 y enfatiza la naturaleza irracional del comportamiento de Jonás.

Jonás se comportó como si Dios gobernara sobre solo un lugar y una nación. Evidentemente, deseaba que esto fuera así, porque no quería que el Señor extendiera su compasión hacia ninguno fuera de las fronteras de

3. Allen, *The Books of Joel, Obadiah, Jonah, and Micah*, 205.

Israel. Más adelante, confesó que temía que Dios mostrara misericordia a los gentiles y describió al Señor con esta afirmación: “tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal” (Jon. 4:2). Es de notar que Jonás no temía a los ninivitas en sí mismos, sino más bien a la posibilidad de que Dios les mostrara misericordia.⁴ Jonás sabía que el Señor tendría compasión de los ninivitas si se arrepentían y no quería darles esa oportunidad.

Así pues, la historia comienza con un asombroso mandato de parte de Dios y con un acto de desobediencia igualmente sorprendente de parte de su profeta. Aunque la resistencia de Jonás fue tremendamente decepcionante, Dios tenía propósito en ella, no solo con respecto al antiguo Israel, sino también dentro del gran panorama de la historia de la redención. Jonás fue a Jope para evitar llevar el mensaje de Dios a los que estaban fuera de Israel. En cambio, más de 800 años después, Pedro, hijo de Jonás, llegó a Jope para cumplir la misión que Dios le había dado de ir a los gentiles (Hch. 9:39; 10:9-16). A diferencia de Jonás, el apóstol Pedro obedeció el mandato del Señor y viajó de Jope a Cesarea, a la casa de un gentil llamado Cornelio (10:17-33). Allí, Pablo anunció la misma verdad que Jonás buscó reprimir. Pedro afirmó: “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (10:34-35). Para Jonás, Jope representó un acto flagrante de resistencia en contra de la misión de Dios a las naciones; para Pedro y para la iglesia primitiva, significó la inclusión de los gentiles creyentes en el pueblo de Dios (cp. 11:18).

LA DISCIPLINA DEL SEÑOR

Pero Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, y hubo en el mar una tempestad tan grande que se pensó que se partiría la nave. (1:4)

Aunque Jonás pensó que podía escapar de la presencia de Dios, el Señor no se lo permitió. Después que la nave hubo zarpado, **Jehová hizo levantar un gran viento en el mar**. El viento y la tormenta subsecuentes no fueron el resultado de patrones climáticos predecibles, sino más bien el efecto directo de la intervención de Dios. El verbo que se traduce **hizo levantar** (lit. arrojar) describe en términos gráficos la ferocidad con la

4. Smith y Page, *Amos, Obadiah, Jonah*, 223

que el Señor despertó la tormenta. Esta es la misma palabra que se usa cuando Saúl arrojó su lanza contra David en un intento por enclavarlo a la pared (1 S. 18:11). En el caso de Jonás, fue esta acción divina lo que produjo una reacción en cadena. Como Dios *arrojó* la tormenta, los marineros arrojaron también su cargamento por la borda (Jon. 1:5). Luego, Jonás les mandó arrojarlo a él al mar (1:12) y esto fue lo que hicieron (1:15). Como nos lo demuestra la repetición de la palabra, el Señor no solo dirigió la tormenta, sino que también dirigió soberanamente todas las partes de los actos subsecuentes.

El nombre **Jehová** destaca el compromiso de Dios para con sus elegidos, tanto en disciplinarlos cuando desobedecen (Pr. 3:11; He. 12:4-17) como en atraer a sí mismo a aquellos en quienes ha puesto su amor (Jn. 6:44; 10:16; Ro. 9:23-24). En esta ocasión, el Señor utilizó la tormenta tanto para disciplinar a Jonás como para atraer a los marineros a sí mismo. Él hizo levantar un **gran viento** para incitar en **el mar una tempestad** muy **grande**. La palabra hebrea que se traduce **tempestad** puede abarcar una lluvia torrencial, vientos huracanados e inundaciones (cp. Sal. 55:9). Por causa de su terrible intensidad, las tempestades se usaron como metáforas para la guerra y para el estallido de la ira de Dios (Jer. 23:19; 25:32; 30:23; Am. 1:4). Aunque cualquier tempestad habría sido intimidante, esta fue totalmente inusual. Fue **grande**, más de lo que ninguno de los experimentados miembros de la tripulación había presenciado antes, lo que los hizo sobrecogerse de terror (cp. Jon. 1:5, 10, 13). La tempestad fue tan fuerte que los marineros se dieron cuenta de que no era natural, sino sobrenatural (cp. 1:5).

Con poder y precisión, el Señor hizo levantar **el mar** exactamente donde se ubicaba Jonás. La omnipresencia de Dios consuela a los santos con la realidad de que nunca estarán fuera del alcance de su mirada protectora (cp. Sal. 139:7-12). Pero también representa una rendición de cuentas constante (cp. Pr. 15:3). No hay pecados secretos delante de Dios ni nadie puede esconderse de su juicio (cp. Nm. 32:23; Ec. 12:14; Ez. 7:5-19; Os. 10:8; Lc. 12:2; He. 4:13; Ap. 6:16). Como Rey del cielo y de la tierra (cp. Sal. 24:1-2; 50:12; 89:11; 98:7; Is. 42:10), el Señor movió cielo y mar para ejercer juicio con absoluta precisión sobre una nave solitaria que transportaba a un fugitivo testarudo.

Hasta la nave reconoció la disciplina que provenía de la mano de Dios. La tempestad fue tan violenta que la nave misma pensó que **se partiría**. La mayoría de las traducciones al español afirman simplemente que la nave

estaba por partirse, lo que enfatiza la ferocidad de la tormenta como para destrozr esta embarcación de madera. Sin embargo, el texto en hebreo personifica a la nave y describe la escena como si ella misma estuviera pensando en partirse en pedazos. Esta descripción antropomórfica de la nave encaja con la forma en que se describen otros objetos en el libro. La gran tempestad (Jon. 1:4), el mar (1:15), el pez (1:17; 2:10), la calabacera (4:6), el gusano (4:7) y el recio viento solano (4:8) se sujetaron todos de inmediato al Señor. En este libro, todos reaccionan adecuadamente a los mandatos de Jehová, excepto Jonás. La desobediencia del profeta justificaba la disciplina divina y por eso el Señor hizo levantar una tempestad tan repentina y potente sobre el mar.

EL TERROR DE LOS MARINEROS

Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno clamaba a su dios; y echaron al mar los enseres que había en la nave, para descargarla de ellos. (1:5a)

El propósito principal del Señor con esta tempestad era intervenir en la vida de su profeta fugitivo. No obstante, Dios también la usó para trabajar en el corazón de los marineros de la nave. Con la tormenta a su alrededor, los marineros tuvieron miedo. Dios empleó el clima para llamar toda su atención. Las palabras del Salmo 107 describen una escena similar:

*Los que descienden al mar en naves,
Y hacen negocio en las muchas aguas,
Ellos han visto las obras de Jehová,
Y sus maravillas en las profundidades.
Porque habló, e hizo levantar un viento tempestuoso,
Que encrespa sus ondas.
Suben a los cielos, descienden a los abismos;
Sus almas se derriten con el mal.
Tiemblan y titubean como ebrios,
Y toda su ciencia es inútil.
Entonces claman a Jehová en su angustia,
Y los libra de sus aflicciones.
Cambia la tempestad en sosiego,
Y se apaciguan sus ondas.*

*Luego se alegran, porque se apaciguaron;
Y así los guía al puerto que deseaban.
Alaben la misericordia de Jehová,
Y sus maravillas para con los hijos de los hombres (Sal. 107:23-31).*

Los acontecimientos de Jonás 1 manifestaron la magnitud de la compasión de Jehová. Su cuidado se extendía, no solo a los gentiles que vivían en grandes ciudades como Nínive, sino incluso a estos rudos marineros que navegaban en medio del mar.

La tempestad produjo tanto temor en la tripulación que **cada uno clamaba a su dios**. Aunque estos gentiles todavía no conocían al Dios verdadero, el Señor utilizó la tempestad para llevar a **cada uno** a considerar su propia mortalidad y su necesidad de la intervención divina. Con gran desesperación, los marineros **echaron al mar los enseres que había en la nave, para descargarla de ellos**. Estos **enseres que había en la nave** incluían las herramientas pesadas y la mercancía de la nave (los bienes que estaba transportando para comerciarlos). Los marineros tomaron medidas drásticas para aligerar la nave y, como resultado, sufrieron pérdidas económicas inmensas. Ante esta situación de vida o muerte, sus prioridades pasaron de salvar sus bienes materiales a salvarse a sí mismos (cp. Job 33:19-22; Sal. 49:1-20; Ec. 12:6-7; Lc. 7:1-9; Stg. 1:2-4, 9-11; 1 P. 5:10). Como hicimos notar antes, el verbo en hebreo que aquí se traduce “echaron” también se usa para describir cómo Dios hizo levantar (o arrojar) el gran viento que incitó la tempestad (Jon. 1:4). El Señor había *arrojado* el viento que hizo que los marineros arrojaran su cargamento. Él los llevó al punto de la desesperación para que sus ojos pasaran de las preocupaciones temporales a las realidades espirituales.

LA INDIFERENCIA DEL PROFETA

Pero Jonás había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir.
(1:5b)

Mientras que los marineros se llenaron de temor, Jonás manifestó una indiferencia total hacia el peligro de los que estaban a su alrededor. Por su parte, él se llenó de sueño. **Jonás había bajado al interior de la nave, y se había echado a dormir**. Por tercera vez, **Jonás había bajado**. Primero,

había descendido a Jope (Jon. 1:3a), luego entró (lit. descendió) a la nave (1:3b) y, ahora, **había bajado al interior de la nave**. Él seguía intentado escapar de la presencia de Dios y, para esto, se escondió en el lugar más bajo que pudo encontrar. El profeta trató de esconderse en el vientre de la nave para aislarse del Señor. Mientras que los marineros, en su terror, clamaron a dioses falsos, Jonás ignoró deliberadamente al Dios verdadero. Al hacerlo, cometió él mismo idolatría al tratar a Jehová como si fuera un Dios que no es ni omnipresente ni omnisciente (cp. Éx. 20:4-5; Sal. 50:21).

Después de descender bajo cubierta, Jonás demostró una audacia aún más grande al acostarse (cp. Jue. 5:27), silenciar confiadamente su conciencia y tener la tranquilidad como para echarse **a dormir**. Esta misma palabra describió el sueño de Adán cuando el Señor tomó una de sus costillas para formar a Eva (Gn. 2:21) o el sueño de Sísara antes de que Jael lo matara (Jue. 4:21). Mientras que los marineros entraron en pánico, Jonás durmió profundamente, indiferente al peligro que lo rodeaba. Esta indiferencia arrogante del profeta ilustra la justicia propia que caracterizó la falta de arrepentimiento de Israel durante la historia de la nación (cp. Is. 1:11-15; Jer. 7:1-26; Mt. 15:1-9; Lc. 18:11-12).

LA DESESPERACIÓN DEL PATRÓN

Y el patrón de la nave se le acercó y le dijo: ¿Qué tienes, dormilón? Levántate, y clama a tu Dios; quizá él tendrá compasión de nosotros, y no pereceremos. (1:6)

En el versículo 6, el **patrón de la nave se le acercó** a Jonás. El término **patrón** designa al jefe de los que tiraban de las cuerdas para dirigir la nave. Aunque el patrón no pudo dirigir su nave en la tormenta, Dios lo utilizó para dirigir a Jonás. El Señor le mandó reprender al desobediente profeta y a preguntarle con incredulidad: **¿Qué tienes, dormilón?** El patrón estaba desconcertado ante la gran apatía de Jonás en aquellas circunstancias tan nefastas. La realidad de que este marinero pagano entendió la situación mejor que el profeta israelita es una acusación muy grave. En un momento de la historia de Israel, Dios utilizó a un asno para restringir la necesidad de otro profeta (Nm. 22:31-34; cp. 2 P. 2:15-16); aquí, el Señor utilizó la reprensión de un capitán de barco gentil.

El estupefacto marinerero no solo reprendió a Jonás, sino que también lo exhortó y le dijo: **Levántate, y clama a tu Dios**. El capitán mandó *levantarse* al profeta dormilón y a arrepentirse de su malvada indiferencia. Además, a este profeta que estaba intentando huir de la presencia del Señor, el patrón le instó: **clama a tu Dios**. En un giro extraño, este fue un llamado de parte de un pagano a un arrepentimiento verdadero: un llamado a que Jonás se apartara de su rebeldía contra Dios. En este llamado, el patrón sirvió como vocero de Dios a Jonás. Estos mandatos **levántate** y **clama** son los mismos que el Señor utilizó cuando comisionó a Jonás al principio de la historia (cp. 1:2). Dios puso sus palabras en la boca del patrón para llamar a su testarudo profeta a volverse a Él para cumplir lo que Él le había mandado hacer.

Al tiempo que Dios empleó al patrón para trabajar en Jonás, también estaba trabajando en el patrón mismo. Este hombre concluyó su discurso a Jonás con las siguientes palabras: **quizá él [tu Dios] tendrá compasión de nosotros, y no pereceremos**. El patrón seguía espiritualmente ciego y veía a Jehová únicamente como un dios más. Sin embargo, el Señor se estaba presentando a sí mismo a este hombre y a los demás miembros de la tripulación y estaba utilizando la tempestad para abrir los ojos de ellos al Dios verdadero (Jn. 9:39; 2 Co. 4:4-6). Los marineros habían estado clamando cada uno a su dios, pero sin obtener respuesta (Jon. 1:5). La crisis reveló la impotencia de sus deidades paganas demoníacas, que ni tenían **compasión** por ellos ni tampoco podían evitar que perecieran. Después de agotar todas las demás opciones, el patrón se volvió a Jonás. Al decir **quizá**, estaba indicando que no estaba seguro de que Jehová tendría compasión de él y de sus compañeros. Pero se hallaba en una situación tan desesperada que había reconocido su impotencia y que se estaba volviendo ahora al Dios de Jonás en busca de rescate. El Señor estaba llevando al patrón al punto en el que se había dado cuenta de que el Dios de Israel era su única esperanza. Todo pecador, judío y gentil, debe llegar a este punto para poder ser salvo (cp. Ro. 10:13). La pregunta era si Jehová tendría o no compasión de él y de sus compañeros. La respuesta a esta pregunta es el corazón de este libro. Esta fue precisamente la realidad contra la que se resistió Jonás: la disposición del Señor por mostrar misericordia y bondad a las naciones.

Esta no fue la última vez en la que una embarcación, una tempestad y la salvación figuraron en el plan de Dios. Ocho siglos después de Jonás, el Señor Jesús, al igual que Jonás, entró en una barca (Mt. 8:23; Mr. 4:36;

Lc. 8:22) y se quedó dormido (Mt. 8:24b; Mr. 4:38; Lc. 8:23a) mientras que la barca entró en una tempestad (Mt. 8:24a; Mr. 4:37; Lc. 8:23b). Sin embargo, esta vez, a diferencia de Jonás, Cristo no solo calmó la tempestad (Mt. 8:26; Mr. 4:39; Lc. 8:24), sino que también fue a los gentiles en obediencia al llamado de Dios (Mt. 8:29; Mr. 5:1; Lc. 8:26; cp. Mt. 28:18-20). Unos treinta años después del relato de la vida de Cristo, otra nave se embarcó solo para terminar naufragada en una tempestad (Hch. 27-28). Esta vez, fue el apóstol Pablo, enviado por Cristo, quien entró en la nave (27:2) para dirigirse a Roma (27:6), de manera que el evangelio se extendiera desde Roma hasta los confines de la tierra (28:28). La dureza y desobediencia de Jonás no fueron la última palabra respecto al corazón de Jehová por las naciones. El Dios que atrajo a los marineros a sí mismo en el libro de Jonás es el mismo que sigue atrayendo a sí mismo a pecadores de toda nación, tribu y lengua.